

Mario Escobar

Leticia Bernal Villegas

“Este año será, seguramente, ése en el cual deba morir. Ya he cumplido noventa años, que es una edad engorrosa. Con ella me enfado a menudo, como si fuera una persona, porque está llena de menguas. Le abundan, como a un jardín en otoño las hojas caídas. La osamenta se me ha vuelto frágil, como de vidrio delgado, y fría. Y la piel seca y correosa. Ésta, en algunas partes, se ha estirado en tal modo que parece la de otro, y cuelga, quedándome ancha.”¹

Con estas palabras y otras muchas, cargadas bajo el brazo, llegó una mañana del año de 1999 Mario Escobar a la oficina donde funcionaba el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT. Sin conocerlas, sin siquiera ojear el fárrago que apretaba entre su axila y su codo, le expuse —mecanismo aprendido que, en ocasiones, permite hacer el quite a las acusaciones de parcialidad que con frecuencia recaen sobre quien ejerce un cargo visible en alguna editorial— las condiciones a



que debía someterse: asignación de un lector; evaluación; aprobación de dicha evaluación por parte del Comité Editorial y, una vez aprobada, aceptación de los procesos establecidos. Con todo el desparpajo del que era capaz, me respondió: “yo sé que usted debe dar todas esas vueltas. A mí no me

importa lo que diga el evaluador a quien se lo mande. La obra es buena, de eso estoy seguro”. Tenía la razón.

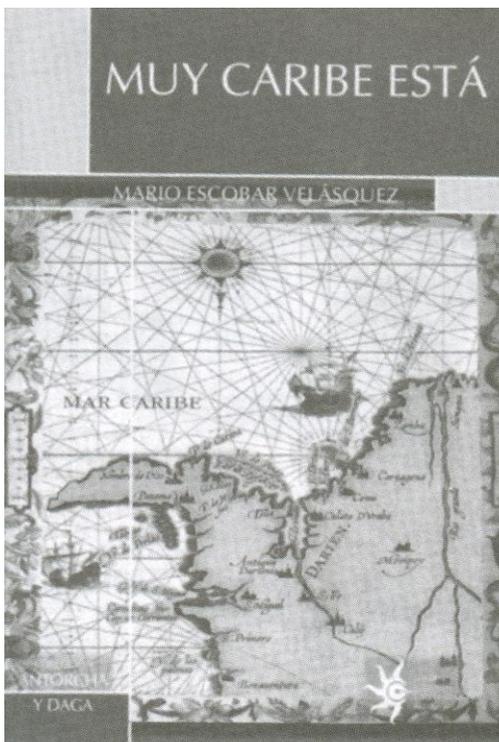
Una vez aprobada y realizado el contrato de derechos de autor, inicié la parte que me correspondía: leer buscando el error ortográfico o de digitación y la frase mal hilvanada; leer comprobando los acuerdos verbales y el uso adecuado de las preposiciones... Ya en las primeras hojas me asaltaron sus tildes en desuso; aquellos “en antes”; su peculiar uso de la preposición “a” metida entre el verbo y el sustantivo; su amor a la repetición de palabras que se acompañaba, como si no fuera paradójico, con elipses cortas y conscientemente fraguadas; el placer por trastocar los órdenes del sustantivo y del adjetivo... Pensé entonces que las

palabras no eran, en la novela que leía, vehículos de la narración; eran, por sí mismas y en lo que ellas tienen de sonoridad y belleza, el “asunto” narrado: eran ellas, seres vivientes, las que provocaban el paulatino desarrollo de la anécdota; y eran ellas, literalmente, el carácter de los personajes.

El lápiz rojo, instrumento obligatorio cuando de leer buscando errores se trata, pintó algo en las márgenes del comienzo, pero rápidamente se me hicieron necesarias las tildes, la preposición “a” fue elemento musical imprescindible y las repeticiones y el orden de las frases otras tantas revelaciones de la belleza.

No sé cuántos errores se habrán ido en la primera edición de la novela *Muy caribe está*, escrita por Mario Escobar durante el tiempo en que realizaba una investigación histórica, contratada, sobre el Urabá antioqueño. Y no lo sé porque, antes de darme cuenta, los había dejado de buscar; sé que deben ser pocos, porque el autor era cuidadoso en su labor; y tengo fe de que sean los menos para, así, poder compensar todo el disfrute que tuve durante los días en que pude entregarme a la lectura de la obra.

Con una alegría franca volvió a la oficina a recoger los primeros ejemplares del libro y, unos días después, envió una carta de agradecimiento, “decidora mucho”, si se me permite la mala imitación. Conservé de él la



alegría que le daba su obra y la gratitud de la que era capaz.

Este es el año en el que el hombre, llamado Mario, no quiso escapar de la muerte, esa muerte suya, que le acechaba desde 1999:

“Ahora ya no pretendo escapar, y sé que no habrá zarpazo sino que, tal vez, iré cayendo en sus brazos descarnados, en ELLA, construida solamente de dientes y de huesos. Hace días que está conmigo, acá en la alcoba donde escribo. No dejo de verla, en cuclillas, abiertos los fémures, impúdica, sin velos, agrisados sus huesos de ir por el tiempo, vieja también mi muerte. Envejeció esperándome. Ya no la urgen los zarpazos. Moriremos juntos. [...] Me mira atenta desde muy más hondo que su cuenca sin ojos, paciente. Parece preguntarse qué escribo tanto, y para qué. Sobre todo, esto. Porque, para ella, para sus saberes, todo acaba desapareciendo. Pero, por cortesía suya suma, de gran dama descarnada adquirida en centurias, aguarda sin impacientarse, dejándose ver, a que yo acabe lo mío. Sabe que de ella no hay escapatoria.”²

Y Mario Escobar acabó lo suyo. Ahora empieza el oficio de la memoria, en el que no existe el año de la muerte de un autor que, como muy pocos en la literatura nacional, supo que lo humano sólo se revelaba en la obra creadora del lenguaje.

¹ Escobar Velásquez, Mario. Muy caribe está. Fondo Editorial EAFIT, Medellín, 1999. p.11.

² Ídem. pp. 11-12.

*Leticia Bernal Villegas. Académica e investigadora, fue fundadora y directora del Fondo Editorial Eafit.